

Philipp
Winkler

CREEP

Traducción de Carlos Fortea

Título original: *CREEP. Roman*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.



Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Aufbau Verlage GmbH & Co. KG, Berlin 2022
© de la traducción: Carlos Fortea Gil, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-156-4
Depósito legal: M. 655-2023
Printed in Spain

«Full agoraphobic, losing focus, cover blown
A book on getting better hand-delivered by a drone
Total disassociation, fully out your mind
Googling derealization, hating what you find»
Bo Burnham, *That Funny Feeling*

«Don't you dare go hollow»
Laurentius of the Great Swamp in Dark Souls

«Don't touch me
Whats up wit it
I stay noided, stimulation overload account for it
Desensitized by the mass amounts of shit»
Death Grips, *I've Seen Footage*

Fanni

Mientras los Naumann ponen la mesa para el desayuno, Fanni mueve el teclado hasta el pie de su monitor principal para hacer sitio a su bolsa de ración.

En el campo de reproducción de Video Annotation Tool, Moira ayuda a sus padres a poner la mesa, pone tres alfombrillas de corcho rectangulares, con las esquinas redondeadas. Su okapi ya está a la cabecera.

La mesa es de madera maciza y fue la pieza con la que se examinó Georg. Lo había contado en una ocasión en que se lo pidieron sus amistades invitadas en casa de los Naumann a una velada de juegos de mesa. La encontraron impresionante. Fanni también. Aunque, sin duda, de un modo más elemental.

Salvo el ordenador, nunca ha construido nada material. Y montar un PC es algo distinto a construirse una mesa. Se encajan componentes prefabricados interoperables atendiendo ante todo a su rendimiento y eficiencia, en vez de dar forma a algo desde el principio partiendo de un material de base.

Fanni saca de la mochila la 24 Hour Civilian Ration turca, variante de menú 2. Al contrario de las

raciones militares que Fanni suele utilizar, esta es colorida, de colores saturados. La foto de un lago de Turquía, cree Fanni, con las montañas al fondo, está impresa alrededor de toda la bolsa.

Sacando, concentrada, la punta de la lengua, Moira deja encima de la mesa tres cuencos de cereal metidos uno dentro de otro.

Fanni clasifica los componentes del desayuno, medidos en bolsas plateadas selladas, del paquete de la ración. Cuatro rebanadas de pan lavash, bolitas de queso, salsa de adjika y olivas negras, con hueso. Una bolsa de té Lipton Yellow Label y un tubito de miel.

La madre de Moira, Uta, aparece en el marco de la cámara. Lleva el pelo castaño oscuro, interminablemente largo, recogido en un moño que siempre hace pensar a Fanni en una indefinible y obstinada planta de las estepas. Uta recoge de la mesa unos cuantos folletos y los deja en algún sitio fuera del marco de la cámara.

Cuando Fanni ha abierto antes Video Annotation Tool en su ordenador de trabajo y se ha registrado enseguida en la cuenta y la cámara interior de los Naumann, Georg ya estaba sentado a la mesa con su primera taza de café, mirando los folletos. Hasta donde Fanni podía distinguir, se trataba de folletos de distintas empresas de automóviles... Fanni podía ver pequeños mapas dominados por el azul del agua y la bandera sueca.

A finales de cada verano, los Naumann iban a visitar a los padres de Georg, que habían emigrado a Sue-

cia después de jubilarse. Al menos, así lo habían hecho los dos veranos pasados.

Fanni había topado, hacía un poco más de dos años, con aquella familia de tres miembros cuando zapeaba en su tiempo libre por el banco de datos de la clientela.

Fanni miró por la ventana, que llegaba hasta el suelo, detrás de la mesa. Uta y Georg plantaban tientos en la terraza. No podía oír de qué hablaban. Moira corría descalza, repartiendo con expresión seria tierra para flores por todas partes, como si no hubiera nada más importante en el mundo. Era algo distinto de la habitual impulsividad de los niños pequeños, de los niños en general, que Fanni conocía de vista por la señal de vídeo y por Real Life. Los padres de Moira no se preocupaban por la suciedad. Parecían felices. Reían y daban la impresión de tener existencias satisfechas, sin el regusto de la obvedad. A Fanni aquello le resultaba simpático. Y, para su propia sorpresa, se había quedado enganchada. Se quedó con el apellido registrado en el banco de datos BELL y la correspondiente dirección para poder volver a encontrarlos.

Incluso vivían allí, en la ciudad. Al norte. No en cualquier parte, sino en Alemania, en alguna ciudad random. Aunque a los ojos de Fanni el patriotismo local es una forma de nacionalismo a llama baja, lo encuentra de alguna manera hermoso.

Pone el flameless ration heater en el fondo de la heating bag, mete el brik de bebida abierto y vierte

cien mililitros de agua en la heating bag para desencadenar la reacción redox del FRH. Luego exprime la salsa de adjika en las redondas rebanadas de lavash y se come una de las aceitosas olivas mientras mira a Moira trepar de rodillas a su silla al extremo de la mesa. Uta trae dos tazas de café y un vaso de zumo de naranja sin colar para Moira. Georg acerca más la silla a la mesa y vierte en su cuenco muesli de un recipiente de cristal cilíndrico.

Fanni reparte las bolitas de queso por las rebanadas de lavash, las aprieta contra la salsa para que no resbalen con tanta facilidad cuando enrolle el fino pan ácimo en forma de tortilla.

—Dime cuándo es suficiente —llega la voz de Georg de los altavoces del PC, colgados de los biombo que separan el cubículo que sirve de oficina a Fanni.

Cada vez se acumula más muesli en el cuenco de Moira. Ella sonrío taimada a su padre y apoya los brazos en el tablero de la mesa. Fanni casi no puede mirar.

Hace unas semanas, Moira se había escurrido al ponerse en esa misma posición y se había golpeado con el borde de la mesa al caerse. Incluso tenía una pequeña brecha en la frente. Sus padres limpiaron la herida y le pusieron un esparadrapo. Antes de que Moira pudiese siquiera empezar a llorar, Georg y Uta la distrajeron con un espejo de bolsillo y le enseñaron los mechones rojos que la sangre había dejado en el flequillo de su corte a tazón.

—Qué guay —dijo Uta, y Georg reflexionó en voz alta sobre la posibilidad de teñirse él también un mechón de su pelo rubio platino. Moira negó riendo con la cabeza, y a Fanni le alegró.

—¿Cómo? —dice Georg con fingido asombro—. ¿Tanta hambre tienes? ¿Nos vas a dejar algo a mamá y a mí?

Moira asiente con vehemencia y afirma. Se le mueve el flequillo. La resolución nativa Full-HD de la cámara interior no basta para distinguir si le ha quedado una pequeña cicatriz donde se hizo la herida.

Fanni espera que las cifras de venta de la versión actual de la cámara interior bajen, porque eso significaría que BELL va a lanzar la siguiente al mercado. Esa estará en condiciones de hacer zoom. En cuanto las ventas de ese modelo bajen, se publicará la versión con 4K de resolución y cámara orientable mediante app. Los prototipos de las dos próximas generaciones de cámaras ya se han probado y están listos para pasar a producción en serie. Fanni lo sabe por un documento que alguien ha decodificado y dejado tirado en la Intranet de manera bastante sloppy... Ella estaba matando el tiempo cuando la clienta a la que en ese momento observaba hacer yoga entró en una zona de su casa no abarcada por la cámara. Pero como todos los modelos actuales de cámara BELL siguen vendiéndose como pan caliente en Europa, India y partes del Asia Oriental, el consorcio no tiene ninguna prisa por publicar las siguientes generaciones.

Durante el desayuno, Uta y Georg hablan de una ocupante de la residencia de ancianos en la que Uta

trabaja como ergoterapeuta. El mes pasado la ocupante se cayó, pero no se rompió nada ni se hizo contusión alguna. Desde entonces, la mujer insiste en recorrer en silla de ruedas hasta el trecho más corto. Uta dice que está preocupada y que a menudo esos miedos acaban convirtiéndose en profecías autocumplidas.

Fanni se come los panes enrollados. Las bolitas de queso que hay dentro crujen. Observa a Moira, que a su vez observa a sus padres con las cejas subidas de preocupación mientras charlan en torno a la mesa. Se mete en la boca cucharadas de muesli, yogur y grosellas y mastica por un lado, de manera que el ojo de ese lado está un poco guiñado. Parece como si en cualquier momento fuera a hacer una pregunta muy crítica, bien meditada, pero se limita a seguir escuchando en silencio. Observa. Como Fanni.

Después del desayuno, quitan juntos la mesa. Los tres Naumann, a su mesa de comedor de madera maciza. Fanni, a su escritorio blanco del cubículo blanco.

Vuelve del servicio de señoras, en el que ha tirado la bolsa vacía de la ración, y cambia al videoportero de los Naumann. Moira se está poniendo las sandalias. Georg empuja la bicicleta de carga hasta al campo de visión del ojo de pez de la cámara. Uta se despide de los dos, sube al coche pequeño y sale del marco marcha atrás. Luego, también Moira y Georg se van. La mayoría de las veces él la lleva a la guardería que está de camino hacia su ebanistería.